

Jorge, el gomero del taller

Aquella mañana, como de costumbre, me bajé en la estación Jujuy de la línea E del subte. Caminé las cuatro o cinco cuadras que separaban la estación del taller donde trabajaba, en la esquina de Pavón y Chiclana. Era una mañana como cualquier otra, con los primeros débiles rayos del sol, el típico olor de las medialunas recién horneadas y el infaltable ómnibus anaranjado cargado de niños con la resignación impresa en sus caras por tener que afrontar otro día de colegio. Disfrutaba de esa calma matinal, interrumpida algunas veces por bocinas perdidas que presagiaban, tal vez, lo que sería otra jornada en la jungla gris de Buenos Aires.

Al llegar al taller saludé a mis compañeros como todas las mañanas y, al pasar por la pileta donde acostumbraba a sumergir las cubiertas de los autos para verificar el lugar de la pinchadura, noté que alguien había quitado el tapón y el agua se había escurrido. A decir verdad, esto me pareció algo extraño ya que como emparchador de cubiertas sólo yo utilizaba esa pileta. Decidí no darle mucha importancia porque el tapón de la pileta estaba bastante deteriorado y no descartaba la posibilidad de que Don Anselmo, el dueño del ya tradicional taller, hubiera decidido cambiarlo.

Me dirigí al baño de empleados para cambiarme y colocarme mi ropa de trabajo. Apoyé el bolso sobre uno de los asientos y saqué mi viejo y querido overol azul con la precaución de que no se me cayeran ninguno de los libros que solía llevar para mis ratos libres. Desde muy pequeño había sido devoto de la lectura.

Ya cambiado, me dirigía a mi sector cuando me encontré con don Anselmo, al cual consideraba casi un padre tras quince años de trabajar juntos. Le sonreí e hice un gesto con la cabeza a modo de saludo, pero ni se inmutó. Repetí el saludo pensando que tal vez

no me había visto pero la respuesta fue la misma: sólo me miraba con un rostro que parecía estar sumergido en un mar de dudas. Fue entonces que me acerqué y le dije:

—Buen día, don Anselmo, ¿le pasa algo?

—Buen día, Jorge —me dijo.

Tras un silencio de unos segundos volvió a hablar.

—Tengo que hablar con vos.

Noté que no me miraba a la cara y me pareció algo extraño en un tipo tan transparente como don Anselmo.

—De lo que quiera, Anselmo —le contesté.

—Vení conmigo —me dijo, haciendo un gesto como para que lo siguiera.

Me llevó hasta el fondo del taller. Allí donde sólo se iba para buscar algún repuesto viejo o para observar atentamente el almanaque de la infartante rubia semidesnuda, infaltable en todos los talleres de la ciudad.

Don Anselmo llegó hasta un bulto cubierto con una manta reluciente e impecable, algo poco usual en aquel antro donde la suciedad y el desorden se encontraban en su máximo esplendor.

—Mirá —me dijo, quitando la manta.

Allí estaba: era un artefacto muy moderno, de un color naranja reluciente y un tablero de todos los tamaños y colores imaginables.

—Es una emparchadora automática —aclaró con la mirada clavada en el piso.

—Lo felicito, don Anselmo —exclamé asombrado por el imponente artefacto.

Otra vez el silencio se apoderó de la conversación, por lo tanto decidí volver a hablar, y con la inocencia de un cordero le dije:

—Tendrá que enseñarme a usarla, después de todo será mi compañera de trabajo.

—Es que no entendés Jorge. La máquina tiene una velocidad y una eficacia inalcanzable para el hombre.

—Mejor para usted y para mí, entonces. Así



podrá repartir el trabajo.

—No, Jorge, no —me contestó casi gritándome.— No hay lugar para los dos.

Fue en ese instante que me quedé atónito, casi sin poder moverme. No sé si era que no entendía o que no quería entender, pero lo cierto es que casi no me salía la voz.

—Qué quiere decir con eso, Don Anselmo?

—Y... que puedo reemplazarte por algo mucho más eficaz y económico.

Eso fue el remate final tras unos minutos de agonía. Luego continuó hablando.

—De todas maneras te puedo ofrecer trabajar de repartidor de volantes en la esquina de San Juan y Boedo... para no dejarte en la calle ¿viste? Eso sí, vas a laburar en negro y vas a cobrar menos de la mitad de lo que ganabas antes. Pensálo; yo que vos lo agarraría. Vos sabes cómo es esto.

No le contesté ¿Qué se le podía contestar a una persona a la cual yo había querido casi como a un padre, que decide de un día para el otro despedir a su empleado luego de 15 años y que además tiene la osadía de ofrecerle una changa de lástima?

Salí del taller y caminé unas cuadras hasta sentarme en el escalón de entrada de un caserón antiguo sobre la avenida Juan de Garay. Todo seguía su curso normal: los autos pasaban y al rugir parecían repetir ese "vos sabés cómo es esto" que había esbozado don Anselmo minutos antes, mientras llevaba a cabo la demolición de mi —no muy pretencioso— proyecto de vida.

El sol, seguramente testigo de otras desgracias tan malas o aún peores que la mía, parecía mirarme apenado y el cielo albergaba algunos nubarrones de dudas e incertidumbre. Pensé en mis hijos, Diego y Delfina, y en mi mujer, Cynthia, lo único puro que me quedaba en esta vida. No sabía cómo iba a mantenerlos si estaba por quedarme sin trabajo y vivía en un mundo tan avanzado en tecnología y proporcionalmente atrasado en sensibilidad donde una persona sin el secundario completo era prácticamente considerado un animal.

Luego pensé en Don Anselmo. Si bien él era sólo la cara visible de una indiferencia ya globalizada hacia todo lo relacionado con los valores significativos y afectivos, me había defraudado. Paradójicamente, el hombre que me había empleado y aconsejado no sólo en

el trabajo sino también en la vida ahora me cambiaba por un latón de color anaranjado. Esa era mi triste realidad: estaba a punto de ser un desocupado más teniendo que mantener una familia y con el agravante de que quien me había despedido era alguien a quien yo tenía "ahí arriba". ¿Traición? No, simplemente el alma de Don Anselmo había sido enfriada por su mente, el eterno refrigerador de los sentimientos, en una acción conjunta con el dinero.

Reflexionando sobre mi realidad, y seguramente la de tantos otros, se hizo media mañana y yo debía resolver el dilema de aceptar o no el trabajo de repartidor de volantes, al que consideraba digno pero no merecido en el contexto de mi situación. Mis dudas, reflejadas en los nubarrones que por momentos tapaban el sol, me atormentaban cada vez más. ¿Debía aceptar el trabajo o debía hacer prevalecer mi honor y mi orgullo sobre todas las cosas? Inmediatamente vinieron a mi mente los rostros de Diego y Delfina. Esas miradas inocentes que, sin saberlo, penetran en uno como el aguijón de una avispa terminaron por convencerme. Tanto mi honor como mi orgullo tendrían que ser dejados a un costado, allí en el río, cada vez más caudaloso en estos tiempos, de las utopías.

Me levanté y caminé hacia el taller. Estaba seguro de lo que haría y al llegar no dudé en llamar a Don Anselmo con un grito.

—¡Jorge! —exclamó.

—Vengo a decirle que acepto lo de la changa.

—Yo sabía, Jorgito, ¡Qué grande! —me dijo mientras intentaba darme un abrazo.

Rechazándolo le contesté:

—Bueno, bueno. ¿A qué hora vengo?

—A las siete y media, como siempre —me contestó, ya percatado de mi actitud.

—Será hasta mañana, entonces —le dije y me di vuelta hacia la puerta sin esperar su saludo.

Camino a la estación Jujuy miré el cielo: lucía un color celeste intenso y los nubarrones habían desaparecido. Sin embargo el sol todavía me miraba apenado.

